

grosas curas. El taumaturgo fué pronto un ídolo y, triunfo tras triunfo, alcanzó el título de "especialista en cirugía manipulativa". Hasta el Rey le dió la nobleza concediéndole el título de Sir. En fin, lleno de gloria y de dinero, se retiró de la profesión y con él su médico ayudante. Ya en sus últimos años, el doctor Haxell, presintiendo su muerte, mostró ante el Consejo un deseo supremo de recobrar su título de doctor. El Consejo se condujo implacable. Insistieron los amigos. Se intentaron todas las presiones. Al fin, el Consejo acordó la revisión del historial de Haxell y se ensimismó de tal manera en este estudio, que el enfermo murió un día sin haber logrado acariciar de nuevo entre sus manos el ansiado diploma.

El Consejo General Médico de Inglaterra lleva su vigilancia sobre la moral del ejercicio al extremo de decretar la expulsión del "Medical Register" de todo médico que en un periódico diario firma un artículo aparentemente científico y evidentemente publicitario, buscador de clientela.

Hacia una profunda dignificación profesional

En España se avecinan días de selección ética, a la que debemos prestarnos, con el ánimo tranquilo y el espíritu de justicia vibrante, todos los que hacemos de la profesión médica el objeto de nuestra existencia, que, para dicha de España, somos los más. La autoridad para dictar sanciones que acaba de concederse a nuestros organismos colegiales y que todos debemos esforzarnos en conservarla, no es una excepción, como habéis visto, en el mundo; no es una insólita concesión del Estado hecha a los médicos de nuestro país permitiéndoles administrarse ellos mismos la justicia, sino un descanso del Estado sobre el espíritu justiciero de sus médicos dignos, una garantía del Estado de que la moral profesional, vigilada por los propios profesionales, no podrá ser desvirtuada con sutilezas que escapan a todos los códigos. Ved que de hoy en adelante seremos nosotros responsables ante la sociedad de no evitar o de dejar impune todo espectáculo vergonzoso del profesionalismo sin entrañas. Disponeos a sentir el compañerismo más que nunca, pero no un compañerismo que signifique un orgullo de casta dispuesto a cubrir con la honrosa toga profesional todo pecado de insensatez. Compañeros nuestros no pueden ser, no lo son, aquellos que niegan privada y públicamente su acatamiento al sentido científico de la profesión médica; aquellos que se lanzan a la conquista de ricas clientelas desde la prensa política, abrogándose autoridades de que carecen gracias a la prudencia de los sensatos. Compañeros nuestros no son aquellos que en la ardua lucha por alcanzar el prestigio, la posición o la popularidad estimables, utilizan armas condenadas por el derecho de gentes. Compañeros nuestros no pueden ser, por muy altos que estén, aquellos que por falta de aptitud o de vocación pedagógicas no fueron, ni podrán serlo jamás, maestros de nadie, sino detentadores de cátedras. Compañeros nuestros no pueden ser aquellos que premeditadamente vinieron a la Medicina sin otra ambición que la de su medrado industrialismo. Compañeros nuestros no pueden llamarse los incapaces de sentir la emoción inefable del deber cumplido, los que pasan maquinalmente junto al dolor humano, los cerrados al bien de la alegría pueril, hermosamente pueril, que se siente al ver brotar el éxito de nuestra prescripción, de nuestro método, de nuestro consejo. Compañeros nuestros no lo serán jamás quienes no sintonicen su inteligencia y su sentimiento para el propósito elevado que incumbe al noble y bello arte del ejercicio de la Medicina.